

Artigos

El ojo del censor: el historiador Juan Pivel Devoto como censor de la Colección de Clásicos Uruguayos (1959-1982)

Censor's eye: the historian Juan Pivel Devoto as censor of the Collection of Uruguayan Classics (1959-1982)

O olho do censor: o historiador Juan Pivel Devoto como censor da Coleção de Clássicos Uruguaios (1959-1982)

Néstor J. Gutiérrez¹

¹Centro de Formación en Educaciónizontel, Uruguay

RESUMEN

En 1953 el Estado uruguayo comenzó a editar una serie de libros, la Colección de Clásicos *Uruguayos* (*Biblioteca Artigas*), que intentaba sentar las bases de la ciudadanía cultural nacional. Desde el inicio del proyecto se encargó al historiador oficialista estatal Juan Pivel Devoto el hacerse cargo de aspectos dedicados a la edición, selección de autores, libros y prologuistas. En consecuencia, este artículo trabaja con un aspecto esencial dentro de todo proyecto editorial con pretensiones canónicas: la censura. Presentaremos tres casos que involucran dos formas de censura: aquella dirigida hacia los autores que se pretendía editar, y la sostenida contra los distintos prologuistas encargados de presentar una mirada aceptable para las obras elegidas por su editor Pivel

Palavras-chave: Censura; Edición; Uruguay; Canon.

ABSTRACT

In 1953 the Uruguayan State began to publish a series of books, the Uruguayan Classics Collection (Artigas Library), which attempted to lay the foundations for national cultural citizenship. From the beginning of the project, the official state historian Juan Pivel Devoto was commissioned to take charge of aspects dedicated to the edition, selection of authors, books and prologuists. Consequently, this article works with an essential aspect within any editorial project with canonical pretensions: censorship. We will present three cases that involve two forms of censorship: the one directed towards the authors that it was intended to edit, and the one sustained against the different prologuists in charge of presenting an acceptable view for the works chosen by their editor Pivel.

Keywords: Censorship; Edition; Uruguay; Canon.

RESUMO

Em 1953 o Estado uruguaio começou a publicar uma série de livros, a Coleção de Clássicos Uruguaios (Biblioteca Artigas), que tentava lançar as bases para a cidadania cultural nacional. Desde o início do projeto, o historiador oficial do estado Juan Pivel Devoto foi contratado para cuidar dos aspectos dedicados à edição, seleção de autores, livros e prólogos. Assim, este artigo trabalha com um aspecto essencial dentro de qualquer projeto editorial com pretensões canônicas: a censura. Apresentaremos três casos que envolvem duas formas de censura: a dirigida aos autores que se pretendia editar, e a sustentada contra os diferentes prólogos encarregados de apresentar uma visão aceitável das obras escolhidas pelo seu editor Pivel.

Palavras-chave: Censura; Edição; Uruguai; Cânone.

1 INTRODUCCIÓN

La censura y el libro moderno han tenido íntimas relaciones a través de toda su historia. Involucrando tres vértices (autor, manuscrito y censor), la censura habitualmente es vista como algo negativo. Se piensa que el censor es el encargado de sacar, borrar o hacer desaparecer aquello que no es factible que tenga visibilidad. La censura está asociada con el poder. Para que tenga efecto, la posición del censor debe ser de autoridad.

La censura fue un fenómeno más complejo que la mera prohibición; operaba como una lectura previa, implicando mantener el original, realizarle cambios, o eliminar lo censado. Muchas veces los censores se reunían con el autor, y debatían sobre los manuscritos, intentando mejorar y pulir lo textos, pues “en lugar de reprimir la literatura hacían que ésta ocurriera” (DARNTON, 2014, p. 50). La censura incidía además en el propio proceso de escritura, porque el autor solía tener en cuenta la existencia del censor, condicionando su texto incluso para evitar la censura.

Para censurar un manuscrito es necesaria una posición de poder. A partir de 1953 el Estado nacional uruguayo se encargó de editar una serie de libros, la *Colección de Clásicos Uruguayos* (también llamada *Biblioteca Artigas*), que pretendían constituir el canon oficial literario del país. La figura de censor recayó desde sus primeros años hasta la década del

ochenta en el historiador Juan E. Pivel Devoto.

En el caso de la *Colección...*, podemos estudiar su catálogo, observando las distintas obras publicadas para comprender la política editorial llevada adelante, pero también podemos realizar un análisis de aquello que su editor más importante decidió dejar en el olvido. Pivel tuvo el poder y la decisión para imprimirle al proyecto estatal un carácter particular que se ha mantenido, en algunos aspectos, hasta el día de hoy. En la *Colección...*, la figura del censor recayó generalmente en la Comisión editora, que funcionaba como una primera instancia de la censura. Seleccionadas las obras, la censura pasaba a manos del editor en jefe. Como veremos, desde 1959 hasta 1982, esa persona fue Pivel.

Este capítulo se centra en tres casos de censura contenidos en la historia de la *Colección...*: el de un prologuista que no aceptó los planteos de Pivel, para modificar el manuscrito enviado para su corrección; lo sucedido con la obra de Eduardo Acevedo Vázquez, “olvidada” por parte de la Biblioteca *Artigas*; y el caso de dos historiadores que fueron dejados de lado por decisión directa de su editor.

2 DELMIRA Y EL PRÓLOGO VACÍO

Múltiples testimonios dan cuenta de que Pivel era un eficiente empleado de la administración. Su eficacia y la constante autoexigencia en cumplir con los plazos en toda tarea que desarrollara también se percibía en la exigencia para con sus colaboradores. Así, por ejemplo, cuando invitó a Guido Castillo a hacerse cargo del prólogo de la selección de obras teatrales de Florencio Sánchez (que se editó en 1967, en dos tomos, con el título Teatro) desde octubre de 1964, exhortó al prologuista a que se hiciera cargo de la selección y el estudio preliminar, pero ante la falta de respuesta, el ministro fue cortante: “Debo interpretar su silencio como una manifestación negativa. En consecuencia, puede Ud. considerarse desligado de todo compromiso con la *Biblioteca Artigas*, y yo en libertad para encomendar el prólogo a otro colaborador”¹. Finalmente, fue Walter Rela el encargado

1 AGNU, Colección Pivel Devoto, Carta al Señor don Guido Castillo, 23 de octubre de 1965, caja 258, carp. 911.

de realizar ese estudio preliminar.

Esta celeridad, pretendida por Pivel para los trabajos llevados a cabo bajo su dirección, no era el único punto que había que cumplir para ser editado en la *Colección...*: además de rapidez, tenía que existir cierta coincidencia de criterios... En otras palabras, era necesario pasar por la censura “*piveliana*”.

Un ejemplo interesante sobre cómo aquello que se alejaba de los lineamientos de Pivel no era tenido en cuenta, puede observarse en el rechazo de uno de los prólogos: el estudio previo que se le concedió a Roberto Bula Píriz, sobre la *Antología* de poemas de Delmira Agustini, que saldría en el volumen 69 de la *Colección...*

En julio de 1964, Bula se ofreció para llevar adelante un prólogo a Agustini. En carta enviada a Pivel comentó que

Aunque breve, quiero hacer un Prólogo digno de la alcurnia intelectual de quien tuvo la deferencia de pedírmelo, de usted. Me voy a mi casa de afuera para escribirlo (he logrado reunir muchísimo material y he entrevistado gente –no emplearé todo, desde luego–), de modo que nada solicite mi atención en Montevideo. El próximo martes 21 lo tendrá usted.²

Bula finalmente fue llamado por Pivel ya que era, además de poeta, crítico literario con varios estudios de autores uruguayos en su haber: había escrito sobre Julio Herrera y Reissig, María Eugenia Vaz Ferreira y sobre la propia Agustini. Durante el período de 1969 a 1972, fue director de la página literaria del periódico *La Mañana*, donde se reeditó, en 1989, uno de los estudios sobre Agustini al que haremos referencia.

Sabemos que Pivel indicó cambios al trabajo entregado por Bula, pero no sabemos cuáles fueron.³ Por tanto, tendremos que entrar en el terreno de la hipótesis, observando los artículos sobre Agustini editados por el prologuista, y que muy probablemente integraron, a grandes rasgos, lo presentado para la *Colección...*

Cabe aclarar que la vida personal de Delmira Agustini sigue suscitando mayor interés para el público masivo que su rica obra. En consecuencia, se escribieron varias

2 Subrayado en el original. AGNU, Archivo Pivel Devoto, Cartas recibidas por Pivel Devoto, 10 de julio de 1964, caja 328, carp. 1343, f. 354.

3 En una entrevista inédita realizada el 10 de julio de 2013 al actual director de la *Colección...*, Wilfredo Penco manifestó que “Yo conocí bastante a Bula Píriz, y alguna vez él me contó esto” (GUTIÉRREZ, 2013a).

biografías que, en general, hicieron hincapié en su trágica y escandalosa muerte. El interés que genera hasta el día de hoy su triste final trae a la mente la última obra, editada en 2013 por Diego Fisher, texto que volvió a colocar a Agustini en el centro de un escándalo mediático: en su libro *Serás mía o de nadie. La verdadera muerte de Delmira Agustini*, el autor pretende colocar el femicidio al que fue sometida su biografiada, como un pacto mortal de amor entre ella y su ex marido, algo muy similar a lo sugerido por Bula. Dejando de lado lo doblemente oportunista de la obra, en momentos de lucha contra los femicidios, y del centenario de la muerte de la poetisa, la muerte de Agustini sigue dando qué hablar. Si aun hoy lo publicado por Fisher (2013), a principios del siglo XXI, genera conmoción en la población uruguaya, hacia la mitad del siglo XX, la edición de un prólogo con esa perspectiva ideológica, en el canon oficial de la colección de Pivel, seguramente se habría convertido en un escándalo en el cual el director no hubiera querido participar.

El prólogo que hizo Bula parece basarse en la biografía de la autora mucho más que en su obra literaria. Prueba de ello, y de que a Pivel no le gustó el estudio que redactó el crítico literario, es una de las cartas de Pivel: “Lamento que Ud. no haya tomado en cuenta las sugerencias que le hice en mi despacho del Ministerio, sobre las inconveniencias de ciertos pasajes cuya modificación me permití la libertad de proponerle”.⁴ Y como quedó expuesto, esos cambios no se realizaron, por lo que terminó diciendo que “La publicación realizada por Ud. releva al Ministerio de todo compromiso sobre el prólogo que oportunamente le fue encomendado”.⁵

Como dijimos, ante la ausencia de un borrador del prólogo, en el archivo de materiales sobre la *Colección...*, podemos apelar hipotéticamente al texto publicado inicialmente por Bula en 1964, y posteriormente reeditado en una separata de *La Mañana* en 1989. Este texto siguió una estructura extendida en la época: contexto, biografía, características de la obra y selección de poemas.

Si comparamos los dos textos publicados por Bula con una diferencia de 25 años,

4 AGNU, Archivo Pivel Devoto, Carta al Señor don Roberto Bula Píriz, 11 de enero de 1965, caja 258, carp. 911.

5 Ídem

podemos observar que son muy parecidos, salvo porque al texto posterior se le corrigieron algunas expresiones y se redujo el análisis biográfico, enfocándose mucho más en la obra de la poetisa. Probablemente, este fue uno de los problemas encontrados por Pivel: si Agustini era un clásico de la literatura nacional, debía ser por su valor artístico y no por las circunstancias de su muerte.

Observemos el probable texto entregado por Bula, que inició su estudio partiendo de la biografía, y que se apoyó especialmente en su muerte (ya que el crítico literario apeló a interpretar toda la vida de Agustini a partir del crimen):

El día lunes de este año se cumplieron cincuenta de aquel otro lunes 6 de julio de 1914, en el que Delmira Agustini fue muerta por dos balazos en la cabeza por su ex-esposo, Enrique Job Reyes, que se suicidó enseguida, en la pieza a donde ella iba a visitarlo. Eran jóvenes, y el amor había arraigado en sus vidas creciendo e invadiéndolas hasta volverlas una. Su muerte, que las crónicas de los diarios llamaban crimen pasional, configuró un doble suicidio por amor sin romanticismo ni misterio. En el sacrificio de sus vidas hallaron un ideal para surgir heroicamente a la libertad (BULA PÍRIZ, 1964, p. 3).

La primera parte de lo publicado en 1964 se cierra con una pregunta que deja entrever su perspectiva patriarcalista: “Siguió viéndose, escribiéndose, soñándose con él hasta el 6 de julio de 1914. Hacía un mes que se había concluido el juicio de divorcio. Como un relámpago, la vida derramó su ánfora. ¿Qué pasó?” (BULA PÍRIZ, 1964, p. 4).

El texto intentaba explicar dicha cuestión convirtiendo la violencia de género en amor romántico. Pero antes de emprender la biografía, el autor necesitó hacer una larga disertación sobre el valor de la crítica y los críticos. Bula, por lo que él igual declara, era una figura polémica para su época

...la vida no es comodidad, sino lucha, irresignación, amor a la verdad, es decir, amor a la belleza. Pero la belleza es terrible. Deseo infundirme por ella, sin embargo, y ser de mi opinión en vez de seguir la corriente general, pues cargo bastantes defectos propios para adoptar otros ajenos. Por lo demás, mi manera de valorar seres y cosas hace que desprecie la mayoría de los que son ordinariamente estimados como importantes, y estime otros a los que se tiene por costumbre no tomar en cuenta. No me alegraré si mi interpretación de Delmira Agustini es mal mirada por algunos ni me molestaré si concuerda con la opinión de otros (BULA PÍRIZ, 1964, p. 5).

Pero esa opinión de “otros” era fundamental para la *Colección*... Al constituirse como una serie de libros canónicos nacionales, los prólogos debían ser cuidadosamente

seleccionados y seguir una misma tónica “profesional” de la crítica literaria y del pensamiento nacionales. Pivel no se podía permitir un escándalo dentro del campo intelectual, como el centrado en sobrevalorar el peso de la biografía o peor aún, transformar la violencia de un crimen en un motivo romántico de amor desgraciado, como clave interpretativa de la obra.

En el cierre de su estudio, que probablemente se acercó al contenido de su prólogo, Bula se animó a realizar una reflexión sobre el final de las vidas de Agustini y su exesposo, incorporando un juicio inquietante:

A pesar de las visitas de ella a él, que se pasaba días y semanas encerrado en su pieza para que sus ojos no contemplaran más que los muros que como en un milagro de espejos le devolvían su recuerdo enamorado; a pesar de los paseos, siempre fugaces y furtivos, por los alrededores de la ciudad, sentían que sus almas estaban prisioneras, que eran dos pájaros ciegos dándose contra los barrotes en su jaula. Y encontraron la sola brecha por donde derramar su amor con la limpidez que necesitaban. Fue el 6 de julio de 1914. ¡Cuánta (sic) desesperación habrá habido en esos dos jóvenes que eran un solo ¡hurra! a la vida, para cambiarla por la muerte. Pero en ese momento Ella fue su luz, La Luz. Necesitaban la libertad, que vale muy mucho más que la vida (BULA PÍRIZ 1964, p. 13).

Bula se acercaba entonces a la comprensión del crimen desde un punto de vista romántico y conservador, justificando incluso el delito. Sus palabras deben haber desatado la polémica. Bula mantuvo probablemente su “manera de valorar seres y cosas” y, por ser dueño de esa personalidad que no se molestaba por concordar con la opinión de otros, no cambió el texto como quiso Pivel. El resultado estuvo a la vista: su prólogo fue censurado y posteriormente desechado.

En efecto, Pivel entendió que, si no se modificaba ese estudio preliminar, otra persona debía encargarse de dicha tarea. Y lo mejor era encargárselo a alguien de confianza del editor. Así, Esther de Cáceres fue quien asumió la tarea de redactar el prólogo y de compilar la *Antología* (1965) del tomo 69. No es ingenua la elección de dicha autora para emprender un estudio previo que no estaba dando con los deseos de Pivel.

Debemos recordar que de Cáceres integraba el círculo más estrecho de la red intelectual piveliana ya que era muy allegada a la esposa del historiador, Alcira Ranieri.

Poetisa, docente y crítica literaria, colaboró con cinco prólogos de la *Colección...*⁶ Además, se trataba de una ferviente católica, así como también lo era la esposa de Pivel, y este punto era extremadamente importante tratándose de realizar un estudio previo a la obra y la figura de Agustini.

De hecho, lo escrito por de Cáceres, para la antología de Agustini, revelaba claramente su convergencia con la visión de Pivel respecto de la colección de libros del Estado. La autora abrió su trabajo con una reflexión autobiográfica respecto de su primer contacto con la obra de Agustini:

Por diversas vías, en la primera etapa de mi adolescencia, tuve yo noticia de Delmira Agustini, y desde entonces siempre, por las dos diversas vías, ella me ha llegado, hasta quedarse al fin sus imágenes y sus cantos en mi alma, ya libres de mundo y tiempo, en las más secretas zonas de mi ser asombrado.

Recuerdo aquellas dos vías. Una por voz opaca y multitudinaria de gentes poseídas por nerviosa curiosidad. Era en una calle de Montevideo marginada de plátanos; una calle a la que se asomaba mi infancia angustiada o feliz, entre apacibles azulejos, misterioso aljibe, jazmines del cielo... Era un cortejo fúnebre que llevaba a dormir entre cipreses a dos criaturas jóvenes, unidas por el signo de la Muerte. A la vez todos los diarios deban largas crónicas, sensacionales fotografías, entre las que aparecían resplandecientes poemas de Delmira Agustini como una réplica de voz sobrehumana al sórdido lenguaje convencional.

La noticia caía así sobre mi alma como una sorpresa chocante y áspera. Y ni la luz plateada de los azulejos, ni la verde sombra dulce de los plátanos podrían ya amortiguar este paso de la infancia transida amarga y oscuramente por un extraño luto y un plañir informe; por aquel ruido que violaba los silencios sagrados de la Muerte.

Luego la otra, la noble vía (DE CÁCERES, 1965, p. 7).

La muerte de la poetisa se difuminaba en el lenguaje poético de la prologuista, que acompañaba el discurso poético de la propia Agustini, insistiendo en hacer converger su trabajo literario con su experiencia biográfica. Pero luego de las referencias necesarias a su conocido final, se hizo un cambio radical al hablar de la otra vía —la poética— por la que transcurrió la personalidad de Agustini; sin duda, fue esa la que pretendió Pivel, y la que de Cáceres, como fiel colaboradora, se dispuso a transitar.

6 Llevó adelante los prólogos a *La isla de los cánticos* de María Eugenia Vaz Ferreira (1956), *Teseo. Los problemas del Arte* de Eduardo Dieste (1964), *La recuperación del objeto* de Joaquín Torres García (1965), la *Antología* de Delmira Agustini (1965) y *Raza ciega y otros cuentos* de Francisco Espínola (1967).

3 UNA ENEMISTAD *POST MORTEM*

Pivel fue un editor que pretendió el equilibrio en su selección. Blancos y colorados, como representantes de los dos partidos mayoritarios e históricos del Uruguay, tenían a sus historiadores y sus formas de ver la historia. El equilibrio que buscaba superar las diferencias en el relato nacional fue mantenido rigurosamente durante toda su estancia al frente de la *Colección...*, salvo por un nombre: el de Eduardo Acevedo Vázquez.

Acevedo fue abogado, economista, periodista, historiador y un activo hombre de gobierno colorado, sobre todo durante el batllismo.⁷ Tuvo cargos en muchos y variados ministerios; fue catedrático en la Facultad de Derecho, y llegó a ser Rector de la Universidad (1904-1906), director del Banco República (1914-1924), y director de Enseñanza Primaria (1925-1929), además de integrar diversas instituciones sociales como el Ateneo de Montevideo, la Sociedad de Amigos de la Educación Popular (fundada junto a su cuñado, José Pedro Varela, entre otros), e históricas, como el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay.

Su actividad historiográfica marcó hondamente a sus contemporáneos y a posteriores estudiosos de la historia nacional. El límite temporal de su obra fue el Golpe de estado de Gabriel Terra en marzo de 1933, momento en que se ponía fin al período batllista.⁸ Sus libros fueron determinantes, sobre todo dos: *José Artigas, Jefe de los Orientales y Protector de los Pueblos Libres. Su obra cívica. Alegato Histórico*, editado en 1909 (libro fuertemente pro-artiguista), y los *Anales Históricos del Uruguay*, que salieron en seis tomos entre 1933 y 1936.

Por lo tanto, si trazamos un paralelismo entre Pivel y Acevedo, atendiendo a la

7 El período batllista se desarrolló durante el período 1903-1929 (entre la primera presidencia de José Batlle y Ordóñez y el año de su muerte). Se caracterizó por ser un período de profundos cambios en diversos aspectos de la realidad uruguaya. En educación, gracias a la creación de los liceos (educación secundaria) en todas las capitales departamentales del país, supuso una democratización a nivel nacional de la instrucción básica, aumentando la cantidad de lectores y estudiantes universitarios. Para más información, ver Frega et al. (2008).

8 En términos historiográficos el batllismo finalizó en 1929 con la muerte del propio José Batlle y Ordóñez. Sin embargo, luego del golpe de Estado de Gabriel Terra, su puso fin a la constitución redactada en 1918, lo que daba por terminado el período de conquistas sociales y económicas iniciado en 1903 por Batlle.

historiografía nacional, podríamos afirmar que, si bien Pivel dominó el campo durante la segunda mitad del siglo xx, sucedió lo mismo con Acevedo en la primera mitad. Es interesante destacar que Pivel fue premiado por Acevedo en 1941, al ganar el concurso Pablo Blanco Acevedo por su libro *Historia de los partidos políticos...*, lo que de alguna manera los emparenta historiográficamente, a través del reconocimiento de un viejo historiador, dándole paso al joven Pivel.

Sabemos que el relato historiográfico de Acevedo fue claramente colorado y contrario a la gran mayoría de las posteriores posturas de Pivel pues, de alguna manera, el relato *piveliano* se construyó en contraposición a muchas de las explicaciones reseñadas en los *Anales...* Por ejemplo, en los primeros pasos del nuevo país, Acevedo fustigaba duramente a Manuel Oribe (el progenitor del Partido Blanco), por su alianza con Juan Manuel de Rosas, y en cambio enaltecía a la figura de Rivera (el fundador Colorado); en cambio, si bien Pivel no castigaba a Rivera, hacía emerger la figura de Oribe como la de un defensor de la nacionalidad oriental.

Habitualmente, la explicación que se da ante la no publicación del texto de Acevedo en la serie de libros estudiados es que su postura netamente coloradista influyó para que el editor de la *Colección...* lo dejara de lado. Sin embargo, con esta argumentación no logramos explicar cómo, si la *Biblioteca Artigas* pretendía mostrar las obras canónicas de la historiografía nacional, no hizo lugar a una figura de la talla de Acevedo. La conciliación ideológica *piveliana*, en aras de un relato unificado de los orígenes y del desarrollo de la nacionalidad uruguaya, se contradice en principio con este olvido. Para desentrañar este problema, es necesario retrotraernos varios años antes de la salida del primer tomo de toda la colección.

En junio de 1944 se creó por ley el Archivo Artigas con la finalidad de compilar y editar todos los documentos relacionados con la vida pública y privada del caudillo oriental. El primer tomo salió en 1950. La comisión editora estuvo integrada por Felipe Ferreiro, Carlos Carbajal, José M. Fernández Saldaña, Ariosto Fernández, Dionisio Trillo Pays, Juan Carlos Gómez Haedo y Juan Pivel Devoto, sin embargo, no encontramos en la lista la

mención de uno de los miembros fundadores, Eduardo Acevedo. ¿Por qué?

El 20 de junio de 1945, Acevedo, hasta entonces director de la Comisión del Archivo Artigas, presentó su renuncia ante el Ministro de Instrucción Pública y Previsión Social, Adolfo Folle Juanicó. Acevedo decidió explicar el porqué de la decisión, dando lugar a una larga exposición:

Desde las primeras reuniones de nuestra Comisión, se elaboró un plan de organización y funcionamiento de las tres secciones en que se dividiría el trabajo: la sección de Coordinación, a cargo del Profesor Ariosto Fernández, actualmente en el Brasil, donde realiza una grande y fecunda labor; la sección de Coordinación, a cargo del director del Museo Histórico Nacional, Profesor Juan Pivel Devoto; y la sección de Publicación, Fichado e Índices a cargo del director de la Biblioteca Nacional, Profesor Juan Silva Vila.⁹

Acevedo estuvo al frente de este proyecto, ya que era merecedor de la confianza de los colorados y, además, una figura fundamental a nivel historiográfico para el afianzamiento de la nacionalidad uruguaya. Para el partido de gobierno, Acevedo representaba la historia contada desde el coloradismo. Ejerciendo el poder cultural que la larga estancia en el poder político le otorgaba, se lo nombró director de la comisión para la edición de los documentos de Artigas.

Por entonces el joven Pivel, ya respetado en los escuetos círculos historiográficos del Uruguay, y en una posición de relativa importancia, era director del Museo Histórico desde 1940, gracias al apoyo del caudillo blanco Luis Alberto de Herrera (de quien era íntimo amigo), y de una larga lista de historiadores entre los que se encontraba Acevedo. Además, ya había publicado dos de sus libros más importantes, *la Historia de los partidos políticos en el Uruguay* (1942) y *la Historia de la República Oriental del Uruguay* (1945).

Pivel emergía como la otra voz, que hacía frente a la posición hegemónica de Acevedo que, con el tiempo, comenzaba a desmoronarse. Frente a ese legado previo, Pivel tenía dos ventajas: una importante diferencia generacional (Acevedo murió en 1948, sin ver el primer tomo del Archivo editado), y el avance electoral de su Partido Nacional, que ascendió al poder en 1959.

Volvamos a la renuncia de Acevedo:

9 AGNU, Archivo Pivel Devoto, caja 114, carp. 362, f. 58.

He atribuido escasa importancia a los planes casi siempre provisorios, del primer momento, convencido de que es solo después de formalizados los trabajos, cuando llega la oportunidad de plantearlos y resolverlos con verdadero conocimiento de causa.

Esa oportunidad acaba de llegar, con motivo de una disidencia fundamental entre el Jefe de la Sección de Coordinación, el Profesor Pivel Devoto, y el jefe de la sección Publicaciones, Fichado e Índices, profesor Silva Vila.

En concepto del señor Pivel Devoto, el Archivo Artigas debe ser organizado sobre la base de series documentales y no por orden cronológico de los documentos.

En concepto del señor Silva Vila, el Archivo Artigas debe ser organizado por orden (sic) cronológico, juzgando que las series documentales tienen que hacerse a base de interpretaciones, o sea de crítica histórica, y que esas interpretaciones no corresponden a nuestra Comisión Oficial, sino a los historiadores que se propagan estudiar a Artigas.

Advierto que la opinión mundial está dividida.¹⁰

El problema que se señala tiene que ver con el manejo documental, pero de fondo hay otra cuestión: el inicio de una lucha, desarrollada posteriormente, por la hegemonía del campo historiográfico, con Pivel como antagonista respecto de Acevedo.

Debemos recordar que toda esta documentación se encuentra en el archivo personal de Pivel.¹¹ El documento antes citado concluye la serie de problemas que surgieron en las reuniones entre Pivel, Acevedo y Silva. Por ejemplo, Pivel fue muy crítico con respecto al trabajo llevado adelante por Edmundo Narancio (historiador cercano a Acevedo) en Buenos Aires. Consideraba que no era necesario realizar investigaciones en Argentina, hasta que no se hiciera el relevo completo de los contenidos de los archivos uruguayos. Además, Pivel encontró algunos errores en las series documentales copiadas por Silva, y se lo hizo notar en las reuniones del Archivo.

Un ejemplo de estas batallas se encuentra en una carta a Acevedo del 22 de junio de 1945, en donde Pivel le comunica que

... ha llegado a mi conocimiento la versión según la cual se me atribuye el propósito de incluir, en determinada serie documental del Archivo Artigas, un documento en el que se compara la época de Artigas con la de Rosas. Yo no tengo noticia de la existencia de esta pieza. Por lo tanto, solicito del Señor Presidente se me informe.

10 Ídem

11 La carpeta que lleva por título "Archivo Artigas" cuenta con 300 folios (AGNU, Archivo Pivel Devoto).

1.º Si es exacta aquella versión. 2.º Qué investigador localizó ese documento y en qué Archivo nacional o extranjero se halle el original. 3.º Cuándo fue incorporado al Archivo Artigas, datos estos que solicito me sean facilitados previo informe del departamento respectivo.¹²

Además, agregaba que cómo no había podido ir a la reunión, pedía una copia del fragmento correspondiente. Parece desprenderse, de esta serie documental, que la actitud de Pivel para con el director de la comisión y el resto de sus compañeros era muy rígida. Aparentemente, para él la mejor manera de hacerse espacio en el campo historiográfico era mostrarse inflexible y profesional. Pivel no solo criticaba abiertamente a la comisión, sino que además se mostraba atento y sin miedo de dar su punto de vista y defenderlo ante quien fuera, sin importar su posición jerárquica.

Veamos ahora sí el motivo de la renuncia de Acevedo:

Puesta a discusión esta disidencia, votó la mayoría de nuestra Comisión la fórmula del Profesor Pivel Devoto, con modificación, según el cual, dentro de las series documentales se mantendría el orden cronológico.

Yo me pronuncié a favor del orden cronológico, propuesto por el profesor Silva Vila. Y debo establecer los fundamentos de mi voto porque no lo hice en la sesión del viernes último, por razones personales.

Tengo un alto concepto del profesor Pivel Devoto, como hombre de estudio, revelado en numerosas e importantes publicaciones históricas; como hombre de extraordinaria laboriosidad y como organizador extraordinario también de los Museos Tivera (sic), Lavalleja y Pablo Blanco Acevedo.

Pero yo no estoy de acuerdo con su criterio histórico. Y tal falta de acuerdo es de capital importancia para mí tratándose de Artigas¹³.

En esta cita de un documento conservado en el archivo personal de Pivel, el subrayado, que pertenece al original, probablemente fue hecho por el propio Pivel (en general usaba lápiz, como en este caso, para escribir notas y subrayar textos), como una manera de señalar que Acevedo aseguraba el porqué de su alejamiento y, por tanto, su posterior mentira en la prensa. Los problemas de Acevedo con Pivel tocaron fondo: en la votación, Pivel había podido vencerlo, y Acevedo no pudo tolerar esa derrota. La información sobre el alejamiento de Acevedo de la Comisión del Archivo Artigas llegó a la opinión pública¹⁴, y

12 AGNU, Archivo Pivel Devoto, caja 114, carp. 362.

13 Ídem.

14 Ver *El Debate*, 25 de junio de 1945, Montevideo.

... se dijo en la prensa que esa renuncia era motivada por discrepancias técnicas e ideológicas con un miembro de la Comisión. Que ese mismo día llamó la atención sobre el hecho al Sr. Presidente, y como éste en la copia de la renuncia que le dio a conocer, se refería a discrepancias de criterios históricos y no se decidiera a enviar ninguna satisfacción —como lo ha hecho en otro caso sin necesidad de reunir a la Comisión—, se creyó plenamente habilitado para publicar en la prensa parte de la exposición que había leído, con lo cual desautorizaba las versiones antojadizas.¹⁵

Pivel tomó la copia de la renuncia de Acevedo y la publicó en la prensa para demostrar que no hubo ninguna discrepancia ideológica, sino que fue más bien un tema técnico. Claramente, Pivel creyó desatinado el gesto de Acevedo y viceversa, por lo que la situación quedó muy tensa entre ellos.

Como recordamos, tres años más tarde, en 1948, Acevedo murió, y Pivel siguió su lento pero seguro ascenso en las distintas administraciones del Estado, donde formó parte, desde 1950, de la comisión editora de la *Colección de Clásicos*.

Si bien generalmente se resalta que la visión coloradista, que tuvo Acevedo en su obra historiográfica, fue el motivo por el cual quedó fuera de la *Colección...*, este incidente tuvo una importancia significativa, incluso por el cuidado con que Pivel conservó los detalles sobre él (lo cual no es algo ingenuo, en su caso).

Además, si cuando se ideó el plan de edición, por parte de la Comisión Editora de la *Colección...*, el nombre de Acevedo aparecía en la lista de autores seleccionados, sin embargo, fue uno de los pocos casos (junto con Juan Carlos Gómez) que luego quedaron afuera.¹⁶

La desaparición de las obras de Acevedo en la *Biblioteca* atestigua algo más que un olvido: deja entrever la existencia de una censura, marcada por la enemistad y la lucha por la hegemonía de los discursos historiográficos.

4 DEBATES CON LA HISTORIA

Un relato que fuera muy poco funcional a la construcción de la nacionalidad no podría tener lugar en una antología dedicada a generar un canon historiográfico y literario. Por

15 Ídem.

16 AGNU, Ministerio de Instrucción Pública y Seguridad Social, caja 589, carp. 3138.

ende, analizaremos brevemente los casos de Juan Carlos Gómez y Francisco Berra, ya que nos parecen paradigmáticos como visiones historiográficas contrarias al artiguismo de Pivel.

En múltiples oportunidades, Pivel demostró su desacuerdo frente a varios adscriptos a la llamada “leyenda negra artiguista”, golpeando directamente, con argumentos propios, las obras y posturas de dichos historiadores, o criticando de manera indirecta, a través de citas de autores que lo hicieran por él. Por ejemplo, en ocasión del prólogo a la *Historia de la dominación española*, recordaba Pivel que Bauzá había fustigado a Gómez, acusándolo de desconocer la historia nacional y de ser incapaz de ubicarse en el escenario político uruguayo, debido a su apoyo al Partido Conservador,¹⁷ al que tildó de “revoltoso y anárquico” (PIVEL, 1965, p. 234). También agregó, luego de una larga cita,¹⁸ que Bauzá

...destruye la tesis peregrina del Dr. Gómez de que nuestra independencia fuera el resultado de una concesión graciable hecha por el gobernador Manuel Dorrego y el Emperador Pedro I, y demuestra cómo la segunda ley dictada [...] [el] 25 de agosto de 1825, que declaró la incorporación del país a las Provincias Unidas, no podía servir de fundamento a la pretensión de Juan Carlos Gómez para arremeter cuarenta años después contra la realidad configurada por el país independiente y constituido (PIVEL, 1965, p. 235).

Recordemos entonces que —de forma directa cuando era él quien afirmaba, y de manera indirecta cuando utilizaba citas de otros historiadores—, Pivel aprovechó cada ocasión que tuvo para golpear las tesis contrarias a la historia oficialista y nacional que se tejió desde los prólogos de la *Colección...* y desde su propio proyecto intelectual.

Unas páginas más adelante en el estudio previo analizado, repitió esa crítica al pasar,

17 El Partido Conservador fue fundado luego de la Guerra Grande (1839-1851), y pretendió “conservar” los ideales del llamado “Gobierno de la Defensa”. Se trató de un grupo escindido del coloradismo.

18 Pivel cita a Bauzá cuando éste dice, en una serie de artículos titulados *La Independencia del Uruguay*, publicados en el diario *La Nación* de Montevideo entre el 30 de septiembre y el 4 de octubre de 1879, que: “La República del Uruguay es independiente por el esfuerzo de sus hijos y contra la voluntad de sus dominadores intrusos. San José y Las Piedras demostraron que no queríamos ser españoles; Guayabos y Cagancha que no queríamos ser argentinos; Haedo y Sarandí que no queríamos ser brasileños. Las combinaciones diplomáticas y aun las vistas particulares de propios y extraños, se estrellaron durante todo el largo período de la lucha por la independencia, contra estas determinaciones airadas de la voluntad nacional, triunfando por último el pueblo, que era quien había preparado, perseguido y alcanzado la conquista de su emancipación política” (PIVEL, 1965, p. 235). Claramente, es un golpe dirigido a la tesis de Gómez.

cuando retomó el mismo tema, pero con nuevas referencias y golpes contra la postura anexionista de Gómez. El autor fue visto por Pivel como un enemigo, tal como había sido enemigo de Bauzá. Al respecto, podemos acotar lo que rememoraba un ex alumno de Pivel, el historiador José Rilla:

No puedo sino recordar aquí a Pivel cuando nos tomaba examen de Historia Nacional en el Instituto de Profesores Artigas [...]. Era un gran conocedor del pasado -así dicho- y un fervoroso nacionalista [...]. Se encendía entonces, durante aquellos exámenes, en una pasión nacional para muchos de nosotros desmedida o anacrónica; preguntaba y se contestaba a sí mismo, parecía tener enfrente a Juan Carlos Gómez o al mismo Berro, escéptico el primero con la nación y el segundo con los partidos políticos. El alumno de ocasión era vicario para un debate de Pivel con la historia (RILLA, 2008, p. 195).

En los diferentes prólogos y artículos que se lo permitieron, Pivel mantuvo ese mismo debate interminable, al que fueron sometidos los distintos críticos del artiguismo y de la génesis autónoma de la nación uruguaya. No solo era vencer y sepultar, con argumentos válidos, la visión anti-artiguista y anti-nacionalista a nivel historiográfico, sino también desprestigiar y hacer insostenible el rescate de esos autores; crear unanimidad; ya no solo hegemonizar la discusión, sino algo más: eliminarla.

Como adelantamos, la censura también se practicó sobre la obra de Francisco Berra, que había publicado inicialmente un libro de historia nacional llamado *Bosquejo histórico*, en 1866. En 1881, se llevó a cabo la tercera edición de la obra, que le valió una fuerte polémica con Carlos María Ramírez, durante 1882, en la prensa de Buenos Aires.¹⁹ En 1883, durante el gobierno autoritario del Gral. Máximo Santos, el Ministerio de Gobierno proscribió el texto de Berra por considerar que la enseñanza que impartía el Estado debía estar orientada a fortalecer el sentimiento nacional en los jóvenes, y que las ideas anti-nacionales no podían ser permitidas; la independencia y la nación no debían ser atacadas.²⁰

En su postura historiográfica, Berra afirmaba que la independencia del Uruguay había sido impuesta a los orientales por parte de las dos naciones en pugna —Brasil y Argentina— durante la guerra de 1825-1828, y que había tenido su desenlace en la

19 La imposibilidad de hacerlo, en los diarios montevideanos, tenía que ver con el gobierno autoritario de Francisco Vidal, que había suprimido en 1881 la libertad de imprenta.

20 Sobre este tema ver Vásquez Franco (2011).

Convención Preliminar de Paz, de 1828. Además, consideraba a Artigas una personalidad negativa para la región, dueña de un importante mal genio, egoísta, orgullosa y plagada de errores militares y políticos. También lo hizo culpable de la invasión lusitana en 1816, que provocó el largo período de dominación lusobrasileña (1816-1828).

En la tercera edición del *Bosquejo histórico...* (1881), que figura en la biblioteca personal de Pivel, solo existe una anotación en todo el libro. Más que una referencia, ésta parece una advertencia que preside su lectura. Con respecto al tratamiento de la figura de Artigas, se puede leer que “Al referirse al *Bosquejo...* Bauzá dijo en el prólogo de la historia que Berra había hecho bien en ‘no emprender el retrato, pues con el bosquejo sobra para muestra’”.²¹ Así, con una simple frase de Bauzá, Pivel desterraba la obra entera de Berra. Pivel usaba las palabras de otro, como en tantos prólogos, para dar él mismo el golpe. Con la espada de Bauzá en manos de Pivel, Berra sería desangrado lentamente en los diferentes artículos y colaboraciones que Pivel llevara adelante. La anotación era un recordatorio, una advertencia, y un descrédito de lo que luego se leería. Esta cita y la marginalia piveliana volverían a aparecer en uno de los tomos de la Colección.... En el prólogo de la *Historia de la dominación...*, y haciendo un racconto de las críticas de Bauzá sobre aquellos que se dedicaron a escribir sobre Artigas, citaba nuevamente lo anotado por él en el libro de Berra (PIVEL, 1965b, p. 132). La fuerza de la opinión de Pivel parece haber pesado como para que lo expuesto por Berra fuese borrado del imaginario ciudadano y cultural que pretendía consolidar la Colección...

Pero es recién en la Advertencia al tomo XI del Archivo Artigas, donde Pivel aprovechó para criticar algunos puntos flojos de las posturas de Berra que, según consideraba, provenían de la influencia de Bartolomé Mitre. Sobre todo en el conflicto entre Artigas y el gobierno porteño, surgido para elegir diputados para la Asamblea Constituyente de 1813, Berra fue tratado como “no veraz” (PIVEL, 1974, p. 62), y con una animosidad notoria, al intentar “trazar la imagen de un Artigas soberbio e insolente y de un gobierno de Buenos

21 Esta referencia parte de la primera edición de la *Historia de la dominación...* (1895) que tuvo Pivel en sus manos. La *marginalia* se encuentra en BERRA, Francisco (1881). *Bosquejo histórico*, Biblioteca Pivel Devoto, Universidad de Montevideo.

Aires circunspecto y tolerante” (PIVEL, 1974, p. 61).

Pivel criticó extensamente el *Bosquejo...* y expresó que

La sintética mención que contiene esta obra del rumbo político que tomó la revolución oriental en 1813, debe atribuirse a que el *Bosquejo...* consta de 146 páginas y a que la juventud del autor no le había permitido aún completar sus conocimientos en una materia aún no estudiada entre nosotros (PIVEL, 1974, p. 33).

Además, apuntó que “La versión dada por Berra en 1874, desdeñando documentos ya publicados, respondía al objeto de acuñar el perfil de un caudillo levantisco y autocrático, que regía sus actos por la arbitrariedad y el despotismo” (PIVEL, 1974, p. 37). Sutilmente, se puede considerar que el argentinismo de Berra gestó un preconcepción que no se rindió ante la documentación histórica disponible.

Luego de repasar las distintas versiones que tuviera el *Bosquejo...*, Pivel concluyó:

La información y apreciación sobre los hechos del año 1813 hecha por Berra en 1881, no difiere en lo sustancial de lo que realizó en 1895; son menores los detalles; más extensas las consideraciones de orden sociológico, en las que se advierte la influencia de Vicente Fidel López, consideraciones artificiosas, sin vibración humana y desprovistas de sentido histórico. Al igual que Mitre, Berra no sacó partido de las reformas que introdujo en muchos capítulos del *Bosquejo* para incorporar a sus páginas el fruto de las investigaciones y hallazgos realizados desde 1881 que, como ya dijimos, enriquecieron el conocimiento por tantos años confuso de la Patria Vieja, actitud mercedora de reparos porque era una forma de desconocer un aspecto del progreso de la ciencia, de la evolución de la inteligencia nacional: resabios de una actitud política respecto del caudillismo del que Artigas había sido fundador al impulsar el acceso de las masas a la vida pública (PIVEL, 1974, p. 105).

La obra de Berra, que estuvo vigente desde su primera edición en 1866 y que fuera revisada y aumentada en cuatro ocasiones, no era aceptable en un país que comenzaba a ver a José Artigas como el impulsor del joven Estado uruguayo. Pivel, en su papel de “censor”, historiador y empleado de la administración estatal, terminó de desterrar y eliminar una de las visiones conflictivas de la nación. En consecuencia, la obra Berra²² formó parte del *index* de libros prohibidos por el Estado uruguayo.

22 No se agota solamente en Gómez y Berra. Si bien no los trabajamos en este capítulo, hay otros anti-artiguistas (de menor alcance) en la lista, entre ellos Luis Destéffanis, Diodoro de Pascual, Pedro Bustamente y Melián Lafinur.

4 CONSIDERACIONES FINALES

La censura llevada adelante por la Comisión de la *Colección...* tuvo diferentes facetas: desde las exclusiones conscientes de algunos nombres que no servían al proyecto historiográfico de la nación hasta algunos prologuistas que no cumplían con los postulados sugeridos por el editor en jefe.

Para hacer frente a los casos citados, había que contradecirlos con pruebas historiográficas contundentes. La reedición de ciertas obras y el olvido de otras tenía como objetivo hegemonizar la discusión, tensando la vara hacia el reforzamiento del sentimiento nacional. El Estado tuvo a Pivel como un intelectual dispuesto a realizar dicha tarea y a la *Colección...* como vehículo para lograrla.

Los autores que no fueron publicados en la *Colección...* nos hacen ver la importancia e influencia de Pivel en cada una de las decisiones, y observamos la tarea propia de un editor en jefe, que selecciona aquello que puede ser o no impreso en la colección dirigida. En el caso de Bula, pudimos avizorar que Pivel fue mucho más allá. Directamente, se le sugirió aquello que tenía que escribir, y al no cumplir con los lineamientos, se lo desechó. En consecuencia, cabe plantearnos: ¿sería la única vez que el editor sugirió un cambio de esta naturaleza?, ¿fue efectivo en otros casos? La documentación existente deja las preguntas sin respuesta, pero podemos arriesgar que no fue algo excepcional.

Posteriormente, observamos una animosidad que se extendió largamente en el tiempo. Si bien Eduardo Acevedo era un autor fundamental que cumplía con todas las premisas para ser publicado por el Estado (pues se trataba de un pro-artiguista con obra erudita, además de ser un intelectual con actuación política notoria, y adjudicatario de múltiples e importantes puestos en la administración estatal batllista), no contaba con el visto bueno de Pivel. En la línea de historiadores que fueron conformando un sentido y una base nacional para la historia del Uruguay, y de la que Pivel se creyó heredero, Acevedo no tenía lugar; por lo tanto, lo mejor era dejarlo de lado en la *Colección...*

Finalmente, con respecto a los casos de Gómez y Berra, observamos que había

determinados autores que no podían estar, y en este caso Pivel se ocupó no solo de dejarlos de lado, sino también de criticarlos y de desarmar su tímida argumentación, golpeando sostenidamente dichas obras.

El canon se construye sobre la base de lo que se edita y sobre lo que se decide no editar. No solo era imprescindible tener a los autores más representativos de la cultura y la historiografía nacionales, sino también a los críticos más importantes de la época encargados de los prólogos, dándole una impronta actual a los clásicos. Pivel, como censor, estuvo presente en todas las obras que le tocó editar. Hoy podemos leer a quienes comprendieron cuál debía ser el tono pretendido por el editor en el interior de la *Colección*... Quienes no convergieron con las condiciones de Pivel, no fueron editados.

FUENTES PRIMARIAS

Archivo General de la Nación del Uruguay. Juan E. Pivel Devoto (1770-1997).

Biblioteca Privada de Pivel Devoto, Universidad de Montevideo.

Colección de Clásicos Uruguayos "Biblioteca Artigas". Montevideo: Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social, 1953-1982.

REFERENCIAS

BULA PÍRIZ, R. **Delmira Agustini**. Montevideo: n/a, 1964.

DARNTON, R. **Censores trabajando**. De cómo los Estados dieron forma a la literatura. México: FCE, 2014.

DE CÁCERES, E. Prólogo. En: AGUSTINI, D. **Antología**. Montevideo: Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social, Colección de Clásicos Uruguayos, 1965.

ESPECHE, X. **La paradoja uruguaya**. Intelectuales, latinoamericanismo y nación a mediados del siglo XX. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2016.

FISHER, D. **Serás mía o de nadie**. La verdadera muerte de Delmira Agustini. Montevideo: Sudamericana, 2013.

FREGA, A. et al. **Historia del Uruguay en el siglo XX (1890-2005)**. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2008.

GENETTE, G. **Umbrales**. Buenos Aires: Siglo XXI, 2001.

GILMAN, C. **Entre la pluma y el fusil: debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina**. Buenos Aires: Siglo XXI, 2012.

GUTIÉRREZ, N. **República Oriental de las Letras**. La Colección de Clásicos Uruguayos como política cultural del Estado (1950-1967), (tesis de maestría no publicada). Montevideo: Universidad de Montevideo, 2013.

RILLA, J. **La actualidad del pasado**. Usos de la historia en la política de partidos del Uruguay (1942-1972). Montevideo: Debate, 2008.

VIDAURRETA, A. **Conversaciones con Juan E. Pivel Devoto**. Montevideo: Ediciones de la Plaza, 2001.

ZANETTI, S. Apuntes acerca del canon latinoamericano. En: CELLA, S. (comp.). **Dominios de la literatura**. Acerca del canon. Buenos Aires: Losada, 1998.

ZUBILLAGA, C. **Historia e Historiadores en el Uruguay del Siglo XX**. Montevideo: Librería de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2002.

Contribución Del Autor

1 – Néstor J. Gutiérrez

Doctor en Letras

<https://orcid.org/0009-0001-8614-2602> e nesguti@gmail.com.

Contribuição: Autor

Como citar esse artigo:

GUTIÉRREZ, N. El ojo del censor: El historiador Juan Pivel Devoto como censor de la Colección de Clásicos Uruguayos (1959-1982). **Gutenberg**, Santa Maria, v.3, n.1, 2023. DOI 10.5902/2763938X70156. Recovered in: <https://doi.org/10.5902/2763938X70156>.